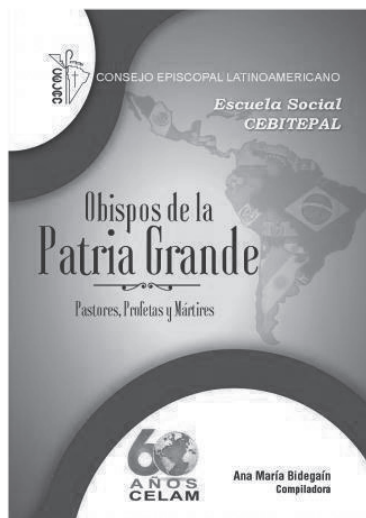


B IDEGAÍN, A. (comp.). *Obispos de la Patria Grande. Pastores, Profetas y Mártires*. CELAM, Bogotá 2018. 549 p. ISBN 978-958-625-832-6. (Colección CELAM 60 años).



El libro *Obispos de la Patria Grande*, compilación y coordinación de Ana María Bidegaín, es un texto sumamente sugerente que me suscitó una serie de reflexiones en mi calidad de lector creyente y comprometido con las causas de la justicia, la vida y los derechos humanos de las personas y los pueblos latinoamericanos.

Considero que es un valioso ejercicio de teología narrativa. Son historias contadas y para contar, entendiendo la historia como acontecimiento, *kairós*, revelación de algo que es relevante, que convoca, llama... Son historias de vida y de vidas significativas de una historia latinoamericana y desde ahí universal.

Comparto entonces mis reflexiones. En primer lugar, el texto nos habla de Obispos que, por increíble y simple que parezca, hay que resaltar que fueron “gente”, fueron “personas”. Es decir, que antepusieron su condición existencial de ser humanos, a su rol, a su función y a su lugar institucional. Bien dice la autora en la introducción, que junto con el criterio o perspectiva metodológica, “se trató de recoger la memoria *entrañable y amorosa*¹ que estos pastores

¹ En este documento, todos los resaltados con cursivas son míos.



dejaron en su feligresía y con-ciudadanía”. Esto es, ¡fueron pastores con entrañas y amorosos! Justo lo que suele estar ausente en no pocos pastores contemporáneos, que parecen estar más preocupados y determinados por su función institucional que por el amor entrañable a sus hermanas y hermanos del pueblo.

Son pastores que experimentaron realmente aquella frase que desde la angustia de la responsabilidad expresó San Agustín: “Donde me aterra lo que soy para ustedes, allí me consuela lo que soy con ustedes. Para ustedes soy obispo, con ustedes soy cristiano”. Así, estos obispos de la Patria Grande fueron, antes que nada, cristianos con sus pueblos; y desde esa condición primera, obispos para ellos.

En ese sentido, se nos narra de diversas maneras cómo se insertan e inculturán en sus pueblos, viven sencillos, dejan la ostentación de palacios, liturgias, y cambian los métodos pastorales. Por supuesto, no lo hacen por pose ni como mera estrategia pastoral, sino como necesidad encarnatoria de la fe, esto es, asumen esa y testimonio como lugar teológico.

Frente a estos seres humanos y humanizadores, es increíble observar lo que sucede a tantos funcionarios religiosos: cómo por defender la institución, la ortodoxia (en el mejor de los casos, haciéndolo con honestidad), lo primero que pierden es su humanidad. No nos es extraño hoy encontrar a sacerdotes y obispos que se definen por la prestancia del poder sagrado, vinculado con el poder secular. No en balde escuchamos uno de los primeros gritos de preocupación del Papa Francisco: *¡Cómo desearía una Iglesia pobre y para los pobres!* Esto, corroborado por la cercanía teórica, metodológica y pastoral entre su primera exhortación apostólica, *Evangelii Gaudium* y los documentos de la segunda CELAM, Medellín, según lo muestran diversos estudios comparativos realizados por teólogos-as y cientistas sociales. De ahí que resalte la pertinencia del criterio metodológico abordado en el libro: obispos que participaron en el Concilio Vaticano II, en la conferencia episcopal de Medellín y que firmaron el Pacto de las Catacumbas.

El texto comenta cómo mientras numerosos análisis socio religiosos señalaban la dinámica sociocultural de la vieja Europa cristiana, con los fenómenos de increencia, apostasía de las masas, secularización, descristianización, en América Latina seguía existiendo un pueblo creyente, mas injusticiado, empobrecido y humillado. Aquí la “descristianización” se manifestaba como deshumanización por la modernización capitalista. Por eso, señala el libro, la vergüenza y el absurdo de la existencia de sociedades nominalmente cristianas, mayoritariamente católicas, aletargadas por la religión. Eso lo captan perfectamente esta generación de obispos y por eso su profunda crítica sistémica y dentro de él la religión como soporte y legitimación. Por eso son obispos proféticos.

Estos obispos, como liderazgos de entraña y amorosidad como sus profundos constituyentes humanos, fueron así personas con una gran inteligencia-sentiente (sí, también hay obispos inteligentes de esta manera). Por eso, fueron fieles a las dos claves evangélicas que luego recogerá teóricamente la filosofía y la teología de la liberación latinoamericana: la opción por los pobres y la fe como práctica transformadora. Y fueron capaces de asumir ambas claves debido a su inteligencia y sensibilidad de cara a los signos de su tiempo. Supieron captar cómo el Espíritu estaba inspirando en muchísimos y muchísimas creyentes una moción a quebrar los moldes epistémicos de la modernidad europea, y a buscar nuevos paradigmas para ver la realidad. Esos obispos tuvieron la humildad y la audacia de ponerse esos lentes. Y entonces sencillamente se ponen los lentes del evangelio, vuelven al evangelio. Son obispos samaritanos: *ven* la realidad desde los pobres, desde las víctimas de la cuneta de la historia de sus pueblos; analizan y *juzgan* esa realidad proféticamente y *actúan* por su transformación. Aquello que el gran filósofo y teólogo, pero también y sobre todo creyente con su pueblo adoptivo, el salvadoreño, Ignacio Ellacuría, formuló de manera muy bella e inspiradora, que el tener fe y vivirla suponía necesariamente un movimiento en tres momentos: *hacerse cargo*, el momento analítico, la inteligencia, el ver con honestidad la realidad real; el *cargar* con esa realidad, el momento ético, la compasión y misericordia; y el *encargarse* de la realidad, el momento de la praxis, el compromiso transformador.



Me parece que esta compilación de historias proféticas sería de gran utilidad como libro de texto en los seminarios y facultades de teología². Que la juventud aspirante a vivir la vocación de servicio en la institucionalidad eclesial y eclesiástica echara una mirada a esta teología narrativa que muestra la teología, pastoral, eclesiológica y pneumatología de esta época, como paradigma de una iglesia evangélica, seguidora fiel de Jesús el Cristo.

El Papa Francisco, en la citada exhortación EG, nos habla de la necesidad de una Iglesia descentrada, mirando hacia afuera, a la realidad. Pues bien, aquella Iglesia que lideraron estos obispos no necesitaba salir porque ya estaba afuera, en el mundo y la historia. Como lo escribe este texto del documento de Medellín, citada en el libro:

Nuestra palabra de Pastores quiere ser signo de *compromiso*. Como *hombres latinoamericanos*, compartimos la *historia de nuestro pueblo*. El pasado nos configura definitivamente como *seres latinoamericanos*; el presente nos pone en una coyuntura *decisiva* y el futuro nos exige una *tarea creadora* en el proceso de desarrollo.

Hoy, de nuevo, un llamado actual ante una iglesia ego-centrada.

Gabriel García Márquez, en una reunión Cumbre en 1986, en un célebre y bello discurso ante jefes de Estado, decía:

...propongo que hagamos ahora y aquí el compromiso de concebir y fabricar un arca de la memoria, capaz de sobrevivir al diluvio atómico. Una botella de naufragos siderales arrojada a los océanos del tiempo, para que la nueva humanidad de entonces sepa por nosotros lo que no han de contar las cucarachas que nos sobrevivirán: que aquí existió un mundo donde prevaleció el sufrimiento y la injusticia, pero donde conocimos el amor y donde fuimos capaces de imaginar la felicidad.

² Por curiosidad, hice un ejercicio: pregunté a jóvenes estudiantes de filosofía y teología a quienes doy clases si conocían o al menos les decían algo los nombres de algunos de estos personajes, y a continuación les nombraba algunos. Casi ninguno de ellos tenía la mínima idea de quiénes eran.

Lo traigo a cuento porque por alguna extraña razón lo recordé al estar leyendo el libro y no resistí la incitación a hacer la siguiente analogía: de manera similar, si algún día se concibiera y fabricara un arca de la memoria y una botella eclesial sideral, este libro, y otros como este, serían dignos de estar ahí dentro, para contar a esa nueva humanidad que, a pesar de su incredibilidad y a pesar de sus múltiples perversiones históricas, sí hubo una invención llamada Iglesia que se preocupó y actuó por la justicia y la compasión hacia los pobres y excluidos y excluidas de esta civilización de barbarie capitalista y neoliberal.

Una última reflexión. Aunque dice el párrafo final que este libro no fue escrito para la nostalgia, a mí justo me generó sentimientos de nostalgia, entendida esta como tristeza y dolor por el hogar perdido, añoranza, recuerdo melancólico de utopías pasadas. Pero yo, personalmente, creo que sí hay que soportar la añoranza, la melancolía y mantenerlas y sostenerlas desde la *memoria* (no desde el mero recuerdo), como raíz profunda de la propia existencia donde radica lo inolvidable como encantador. Y desde ahí recrear el futuro. El futuro para el creyente cristiano, desde nuestra ancestralidad cultural semita, no está linealmente adelante, como lo dice la visión occidental; el futuro está a nuestras espaldas y de frente, de cara, está la promesa. Y si olvidamos la promesa, no hay futuro posible. Pues bien, una memoria profunda como esta de la que son parte estos Hermanos Obispos de la Patria Grande, es nuestra promesa como futuro posible para una Iglesia creíble. Por eso concluye el libro con la invitación a “reavivar el espíritu de estos obispos... como un abrazo a nuestro presente y a nuestra historia que nos lanza, esperanzados, al futuro”.

Jaime Laines Potisek

*Teólogo y activista social, colaborador de la OSC
Centro de Estudios Sociales y Culturales Antonio de Montesinos, A.C.,
y del Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana
jaime_laines@hotmail.com*